

INCORPORACIÓN DEL GENERAL BERNARDINO LABAYRU A LA ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS *

EL GENERAL ROCA: SU HISTÓRICA MISIÓN Y SU MENSAJE

por el Académico GRAL. BERNARDINO LABAYRU

I. — RECONOCIMIENTO PREVIO

Agradezco profundamente las palabras de bienvenida del académico doctor Manuel Ordoñez. Después de escucharlo, a nadie escapa que se trata de un amigo generoso. Sólo en nombre de la amistad puede darse tanta calidez al enaltecimiento de comunes merecimientos.

Destaco el alto honor que para mí entraña el haber sido elegido como integrante de esta Academia de Ciencias Morales y Políticas y comprometo mis mejores esfuerzos para cumplir tan serio compromiso. Serán los esfuerzos de un soldado que orientó su vida en el respeto a las tradiciones del ejército, que son Republicanas, Democráticas y Liberales. Cumplo en decir que tuve el privilegio de formarme al lado de militares cuya divisa fue servir a la Nación dentro de la Constitución y de la Ley. Y lo hago en esta ocasión, tan solemne para mí, para agradecerles, en el recuerdo y públicamente, las lecciones que me dieron.

Igualmente, deseo expresar que siempre tendré una aspiración, un anhelo: merecer el respeto de los hombres de bien.

* Acto efectuado el 27 de agosto de 1980. El discurso de recepción fue pronunciado por el Académico Dr. Manuel V. Ordoñez.

Señoras y señores: recojo emocionado los conceptos del doctor Ordoñez, sin pasar en silencio, naturalmente, algunas demasías a las que lo mueve su bondadoso espíritu. Muchas gracias.

II. — ROCA: ESBOZO DE LA PERSONALIDAD DEL SOLDADO

Es una tradición académica recordar en primer término al patrono del sillón que va a ocuparse. En mi caso, al General Roca. La circunstancia de que estemos celebrando este año el centenario de la generación del 80, que el honrara con singular prestancia, me ha resuelto a ir más allá en ese homenaje dedicando todo el tiempo a evocar su insigne personalidad. De ahí que mi conferencia se intitule: *El general Roca: su histórica misión y su mensaje.*

El General D. Julio Argentino Roca nació en Tucumán, tierra de aconteceres gloriosos, el 17 de julio de 1843, en tiempos de tristeza, prisiones y crímenes. Vencida la tiranía va al Colegio de Concepción del Uruguay, pedido por Urquiza a su padre. Dirigía el colegio Larroque, y el ambiente que allí se vivía era el que predominaba en el país, después de Caseros: el de la Constitución. Había cursado tres años de estudios cuando las diferencias que llevaron a la lucha entre la Confederación y Buenos Aires lo impulsan a interrumpirlos para registrarse como artillero en el Palacio San José, a las órdenes de Urquiza.

Roca ingresa en el ejército con el grado de alférez y en Cepeda, el 23 de octubre de 1859, asciende a Teniente 2º por su brillante comportamiento en la lucha. Tiene 16 años. A los 18 años interviene en Pavón y allí conoce el sabor de la derrota. Cuando el desorden cunde, vela por la disciplina entre los hombres a su mando y casi en la inminencia del aniquilamiento recibe la orden de retirada. Al replegarse, llega a Rosario con su unidad intacta. Se distingue ya entonces por su energía de ánimo y serenidad ejemplares, cualidades que lo acompañarán hasta la muerte.

De una u otra manera, todos los aquí presentes conocemos la actuación militar de Roca, sus muchos y valiosos

servicios y su rica y cautivante personalidad. Con todo, algo más diremos sobre su vida castrense, porque el espíritu se tonifica y se afirma recordando matices de la vida de los que dieron ejemplo. Y no tenemos por qué privarnos de tan patriótico estímulo, máxime en tiempos de confusión, desasosiego y desánimo.

Entra en la guerra del Paraguay. A los 22 años asciende a Capitán en los campos de batalla; a Mayor, en Tuyutí, y a los 23 pasa a desempeñarse en el cargo de segundo jefe del Batallón de Salteños. Al frente de éste, y montado en caballo moro, corre al asalto en Curupaytí. La fortificación que la protege se ha convertido en inmovible, tanto por el heroísmo y el ingenio paraguayos como por los errores e imprevisiones de la compleja y difícil conducción de la Triple Alianza.

En esa encarnizada acción, en la que las tropas argentinas sufrieron cuantiosas pérdidas, el comportamiento de ambos bandos estuvo a la altura de las más grandes hazañas épicas registradas por la historia militar. En medio de ese derroche de coraje y patriotismo, también Roca se destaca nítidamente: cuando llega la orden de retirada para nuestras tropas el batallón de salteños está casi aniquilado; su abanderado, antes de sucumbir, había clavado, sobreponiéndose a todos los obstáculos, el asta de la enseña patria bien a la vista, como a la espera de que alguien tuviera el coraje de rescatarla. "Roca, que subsiste inexplicablemente ileso, lo advierte desde su puesto de combate. ¡Y frente mismo a las armas de la posición que dispara sin descanso, en un exabrupto de valentía, en un impetuoso desplante de patriotismo, despreciando la metralla, como reclamando para sí el impacto de todas las balas enemigas, pica espuelas a su moro, galopa hasta el pabellón, lo levanta con energía y, haciéndolo flamear osadamente frente al fuego de las armas, lo salva de las manos adversarias y se repliega a las filas argentinas! En el azaroso trayecto, socorre a su camarada Solier que, herido, está imposibilitado para la marcha. Le brinda el estribo, lo sube al anca y prosigue su repliegue alentando a los soldados rezagados. ¡Se repliega así, sin apuro, como haciendo ostentación del desgarro irremediable con que se aleja del peligro!" Así narró el General Miró, en su trabajo de la Biblioteca del Oficial, este episodio. Allí mismo, en Cu-

rupaytí, por su comportamiento heroico, es ascendido a Teniente Coronel, pero no recibe el despacho porque su tío, el doctor Marcos Paz, que ejerce la Presidencia en ausencia de Mitre, no quiere favorecer a su sobrino. ¡Significativas cosas de la época! Recién tres años después, Sarmiento le entregó su diploma.

Detengámonos en una anécdota. He tenido oportunidad de comentarla antes, pero no resisto la tentación de repetirla. Me amparo en la idea de que importa una enseñanza para nuestros jóvenes oficiales, sea cual fuere el inhóspito lugar de frontera donde presten servicios, y un estímulo para la búsqueda de la verdad y el saber.

Un día, en esos esteros paraguayos, y mientras el General Mitre recorre el vivac de oficiales, sorprende al joven Roca leyendo a Tito Livio, y se ponen a discurrir acerca de él, de César y de las Vidas Paralelas de Plutarco. ¡Qué grato habrá resultado a Mitre esta inesperada comprobación! La verdad histórica es que la cultura ha ejercido siempre una decisiva influencia en la vida de los grandes conductores. San Martín es otro ejemplo en tal sentido: no renunciaba a la compañía de los clásicos ni siquiera en campaña; integraban su equipo militar. Churchill, ya en nuestros días —es una regla de oro—, también fue terminante sobre el particular. Eran los tiempos en que los ejércitos de Hitler habían derrotado a Francia y sometido a tremendos reveses a las tropas inglesas en el Norte de Africa. Se trataba de la elección de un nuevo comandante inglés, en esa zona de operaciones, y la preocupación era tan grande —el comandante alemán era Rommel—, que hubo que dar cuenta al Parlamento de dicha designación. Churchill dijo, refiriéndose al elegido, que resultó Montgomery: “Pueden estar tranquilos, es un general que tiene suficientes conocimientos profesionales y una sólida cultura general”. El Alamein, y lo que vino después, le dieron toda la razón.

Terminada la guerra del Paraguay, Sarmiento resuelve mandarlo a someter a López Jordán, en 1871, a quien vence en Ñaembé. Sobre el campo de batalla es ascendido a Coronel. Otra vez es Sarmiento quien lo asciende.

Luego es destinado a Río IV, como jefe de la frontera central. Esta guarnición fue su mejor escuela. En 1874,

también sobre el mismo campo. Tenía 31 años de edad, y todos sus ascensos, sin excepción, los había logrado sobre el campo de batalla.

cuando la sublevación de Mitre y Arredondo, vence a este último en Santa Rosa. Avellaneda lo asciende a General,

En esta etapa de la organización nacional, las pasiones han cobrado, de golpe, virulencia inusitada. En el fondo, son todos "astillas del mismo palo". Integran con honor las elevadas miras que a todos une en el bien de la Patria. Roca había sido subalterno de Arredondo. Por todos lados se levantan voces que claman por el ajusticiamiento del prisionero. Finalmente, llega la temida orden del Presidente Avellaneda, disponiendo el fusilamiento. No pierde un minuto; secretamente prepara la fuga: acerca el caballo ensillado, dinero y otros medios. Crea con urgencia la ocasión para la fuga a Chile y evita así una pérdida lamentable para la Nación.

Roca, en ajustada apreciación de realidades, pasiones y deberes, agrega, de este modo, un laurel más a los muchos que tiene ganados.

III. — LA CAMPAÑA DEL DESIERTO EN PERSPECTIVA HISTORICA

El General Roca vivía con particular intensidad dos problemas fundamentales, el de la Unión Nacional y el del indio; y correlativamente con éste último, el de Chile y el de la soberanía en la Patagonia.

Este fue el hombre al que eligió Avellaneda para la etapa final de la proeza del Desierto, a la muerte de Alsina. Lo nombró ministro de Guerra y Marina. Es que Avellaneda se orientaba ya, en ese momento, por lo que dijera más adelante Ortega y Gasset: "Se es lo que se hace".

Roca puso de inmediato en ejecución lo que había planeado largamente y que nunca ocultó a Alsina. Siempre había pensado que el problema del indio debía eliminarse de una vez, de raíz y para siempre. Su mirada telescópica veía la frontera de la Patria más allá de la línea de fortines, más allá del Santa Cruz; se afirmaba en los hielos antárticos. Por eso creía en la ofensiva, temeraria y creadora.

Podemos ya percibir los rasgos esenciales que modelan su personalidad: tenía una grandeza maciza, que se elevaba de su visión certera de los hechos y de su magno significado histórico.

En el mensaje al Congreso de la Nación, del 14 de agosto de 1878, rinde homenaje a todos los esfuerzos realizados en la lucha del Desierto; pone el acento en la firmeza del malogrado Alsina; emite un juicio crítico sobre los enfoques militares y señala, con claridad meridiana, cuál debe ser la solución final. En lo fundamental decía:

“Hace a nuestro propio decoro someter al salvaje cuanto antes, por la razón o por la fuerza.

”Para lograrlo es indispensable renunciar a defenderse en la actual línea, que desde el Fuerte General San Martín recorre la cordillera hasta el Río Negro y desde Villa Mercedes se extiende por Trenque Lauquen, Guaminí y Carhué hasta Patagones, aproximadamente a lo largo de casi 2.300 km. Hay que pasar a la ofensiva desde un amplio semicírculo, para acorralar al indio concéntricamente, batiéndolo por partes y arrojando al resto sobre el Neuquén y el Negro.

”Con este modo de operar dejaremos de ser débiles en todas partes, de estar a merced de la iniciativa del indio y pasaremos a ser fuertes en los lugares donde busquemos la decisión.

”Hay que desalojar a los indios del desierto y no dejar un solo enemigo a retaguardia”.

Al señalar la importancia política de esta operación, expresa además: “Estamos agredidos por las pretensiones chilenas y debemos tomar posesión efectiva y real de la Patagonia”.

Esta síntesis sería incompleta si no dijéramos que Roca aconsejaba importantes reservas en tierras para los indios amigos o para los que sometiera durante la campaña.

Dentro de los éxitos militares de Roca, el que adquiere resonancia consagratoria es el relativo a esta campaña

del Desierto. Y es en rigor así, porque ella, después de la empresa del Libertador, es la más importante de nuestra historia militar. Materializa la posesión efectiva de la Patagonia; hace realidad la ocupación de las adyacencias terrestres de la cordillera con tropas y poblados; enarbola nuestra bandera al pie de los Andes y hasta los confines Antárticos y asegura la unidad territorial de la Argentina al definir los límites con Chile. Contribuyó a afianzar nuestra nacionalidad. En una palabra, resultó el protagonista ideal para el "Proyecto del 80", para ejecutar, en noble compañía, el gigantesco esfuerzo que la Patria esperaba de su genio militar y de su capacidad de estadista. Algo que define claramente ambos aspectos es la *Orden General de Operaciones*, fechada el 26 de abril de 1879, en Carhué.

Es una pieza militar admirable. Su lectura, a cien años de distancia, es un deber de solidaridad y reconocimiento. Pero a ello agrega valores jerarquizantes del ser argentino, tiene sabores literarios difíciles de lograr en el estilo puramente castrense y una vocación de grandeza digna de las mejores tradiciones. Por todo eso vamos a leerla en lo substancial:

"Soldados del Ejército expedicionario al Río Negro: Con asombro de todos nuestros conciudadanos, en poco tiempo habéis hecho desaparecer las numerosas tribus de la Pampa que se creían invencibles; con el pavor que infundía el desierto y que era como un legado fatal que aún tenían que transmitirse las generaciones argentinas por espacio de siglos.

"Cuando la ola humana invada estos desolados campos que ayer eran el escenario de correrías destructoras y sanguinarias, para convertirlos en emporios de riqueza y en pueblos florecientes, en que millones de hombres puedan vivir ricos y felices. recién entonces se estimará en su verdadero valor el mérito de vuestros esfuerzos.

"No tengo necesidad de enumerar la serie de hechos brillantes que habéis llevado a cabo, conducidos por vuestros jefes cuyos nombres han recorrido ya, de boca en boca, la República entera, y que figurarán en la posteridad al lado de Lavalle, Brandsen, Olavarría, Lamadrid, Prin-

gles, Necochea y otros valientes de la epopeya de la Independencia.

”Sé que entre los indios hay caudillos valientes y animosos que aprestan sus lanzas prefiriendo sucumbir antes que renunciar a la vida del pillaje. Allí iremos a buscarlos aunque se oculten en los valles más profundos de los Andes o se refugien en los confines de la Patagonia, abriendo así una segunda campaña donde nuevos trabajos y gloria nos esperan.

”Formado en el ejército y salido de sus filas, conozco sus virtudes, su fuerza en las fatigas y su valor en los campos de batalla. Me veo con placer entre vosotros y consideraré siempre como el timbre más glorioso de mi vida haber sido vuestro general en Jefe en esta gran cruzada, inspirada por el más puro patriotismo, contra la barbarie”. Termina la orden general con un viva a la República, al Presidente Avellaneda y a su predecesor Alsina.

Fueron miles las peripecias, combates y penurias que se afrontaron, pero cuando el General Roca alcanzó Choele Choel, sobre el Negro, el 24 de mayo, se había materializado el viejo sueño. El 25 de mayo izaron la enseña Patria sobre el bastión de la indiada. Lo hizo en unión con el Cte. Guerrico, de la Armada Nacional, que había remontado el río Negro en el “Triunfo”, desde su desembocadura hasta inmediaciones de la Isla.

Pese a la brevedad a que obliga el tiempo de esta conferencia, dejaríamos de cumplir con el espíritu generoso y justo de Roca si no agregáramos al homenaje que rinde a sus compañeros de armas en la Orden de Operaciones que acabamos de leer, el respeto que sentía por el aporte de las ciencias y sus exploraciones, que tanto contribuyeron al éxito y a su posterior afianzamiento. De ahí su reconocimiento por la valía y abnegación del Perito Moreno, como por el espíritu de sacrificio y afán civilizador de salesianos y jesuitas, así como por otros abnegados patriotas.

IV. — EL COMANDANTE PIEDRABUENA

En este pantallazo sobre gigantescos esfuerzos, tenemos el especial deber de citar a aquel héroe del mar que se

llamó Comandante Luis Piedrabuena, nacido en Carmen de Patagones el 24 de agosto de 1833 y que desde 1858 comenzó a viajar por las costas patagónicas y fueguinas, concibiendo la idea de instalarse junto al río Santa Cruz, para defender allí los derechos argentinos sobre la Patagonia. Luego llega a explorar el canal Beagle, desembarcando más adelante en la isla de los Estados y el cabo de Hornos, haciendo flamear la bandera argentina en esas lejanas e inhabitadas regiones, ya en 1863.

Posteriormente, y por Ley de la Nación del 6 de octubre de 1868, logró que se le concediera el dominio de la isla de los Estados, lo que hizo efectivo casi de inmediato, completando allí su luna de miel con su joven esposa, Doña Julia Dufour. Piedrabuena, en denodado esfuerzo, contribuyó a consagrar nuestros derechos de posesión, no sólo sobre la Patagonia sino sobre otras tierras australes y el mar, al este del meridiano que pasa por el Cabo de Hornos. Dio tiempo, además, a que se materializara la colosal embestida de Roca.

Armando Braun Menéndez en su *Pequeña Historia Patagónica*, ha destacado los grandes méritos de este marino, diciendo: "La República Argentina halló en él a un centinela, a un agente confidencial, a una especie de olvidado gobernador de territorios desguarnecidos. Fue el servidor oficioso que cuidó la soberanía nacional sin retribución 'presupuestaria', ni aplauso reconfortante, ni premio ostensible. La intervención de Piedrabuena como asesor de Félix Frías fue decisiva para orientar la defensa argentina. Hasta ese momento, fuera de él, ningún argentino conocía aquellas regiones. Sus informaciones vinieron pues, en buena hora, para dar a conocer al gobierno de su patria antecedentes geográficos que le permitirán entrar en la discusión de los límites patagónicos con conocimiento de causa. De haber faltado Piedrabuena la defensa argentina no hubiera tenido consistencia práctica". Y agrega "La Nación", en su artículo necrológico del 11 de agosto de 1883: "Es un hecho histórico que a los trabajos del Cte. Piedrabuena y a su patriótico anhelo se debe, en parte, la reivindicación de nuestros territorios australes, acerca de los cuales fue el primero en llamar la atención". Honrar a Piedrabuena forma parte de nuestro compromiso con Roca.

V. — ROCA Y EL PROYECTO DEL 80

El General Roca llegó en dos oportunidades a ser Presidente de la República. Por supuesto, en ellas gravitaron muchas circunstancias, imponderables unas, y muy concretas, otras. Entre las últimas, sus condiciones militares, su contribución a la estabilidad, la aureola triunfal lograda con los éxitos de la Campaña del Desierto, su cautivante ascendiente sobre las F.F.A.A., sus legítimas ambiciones, las amistades políticas logradas a lo largo del tiempo y el haber puesto freno a las apetencias expansionistas de Chile. El país lo vio, lo intuyó como al realizador ideal para el “*proyecto*” que bullía en el ánimo de los dirigentes; como a un generador de paz, orden, progreso y riqueza; como a un dinamizador de educación, como Mitre, Sarmiento y Avellaneda.

Todo esto fue cierto pero adquirió casi ribetes de leyenda, por lo inusual, en oportunidad de los tiempos pre-electorales de la segunda presidencia. En su propio partido, el Autonomista Nacional, aparecía como condidato al primer término de la fórmula Carlos Pellegrini, el ya histórico ex-presidente, cuya estampa de luchador y de estadista nadie discutía. Era en 1897. Grandes nubarrones ensombrecían el horizonte de la Patria. La paz con Chile peligraba. Fue en medio de esa preocupación que estaba por iniciarse la campaña presidencial. Una tarde de agosto visitan a Pellegrini don Eleazar Garzón, Marco Avellaneda y Jerónimo Amuchástegui, quienes le expresan, de parte de los correspondientes gobernadores, que Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe apoyan su candidatura a la Presidencia y que, con ese aporte, puede considerar logrado su triunfo. “Amigos, les contestó Pellegrini, Uds. piden lo que no puede ser. Es preciso llevar a la presidencia a un gran político y a un gran general. Si yo fuese proclamado, Roca, que desea ser presidente otra vez, se unirá a Mitre y, quizá reaparecerán los tumultos que tanto nos han desacreditado. Con Roca en la Presidencia, en lugar de disparos de armas, oiremos el destapar de botellas de champagne festejando nuestro arreglo definitivo con Chile”. Insisten, además, el Gral. Racedo y el doctor Roque Sáenz Peña: tampoco tienen éxito. Y el 25 de agosto de 1897, en conferencia política en el Odeón, adhiere públicamente a la candidatura de Roca.

Pellegrini soportó abnegadamente tanto la crítica de sus numerosos simpatizantes como la de sus fervorosos partidarios. Contestaba invariablemente: "Roca debe ser presidente; sólo él evitará la guerra con Chile, y esa cuestión es más importante que cualquier otro interés del país".

¡Qué gesto! Propio de los integrantes de aquella generación del 80 en la que el *proyecto* desbordaba cualquier interés personal. Y así fue que coincidieron en la campaña del desierto, que hizo posible que la Nación reintegrara a su patrimonio el 50% de su territorio.

Algo que también consagró esa unión de dirigentes fue la voluntad de luchar por el afianzamiento de la nacionalidad. Además el "*Proyecto*" gravitó decisivamente en la inmigración europea, que no sólo trajo brazos indispensables sino, también, capacidad intelectual, artesanal y hábitos de laboriosidad y orden.

Se vio así llegar a nuestras playas 100.000 almas por año e irnos de 2.600.000, que éramos entonces, a 5.200.000 en 1895 y a 10 millones al cumplir el Centenario. Se hizo posible el nacimiento de las primeras industrias y la explotación agrícola-ganadera en proporciones tales que la Argentina constituyó, en esos momentos, el asombro del mundo. Con el mismo tesón y entusiasmo continuaron sembrando escuelas en la campaña, crearon universidades, hicieron caminos y más ferrocarriles. Todo eso lo permitió el genio civilizador, la energía de ánimo y la capacidad de realización de esa generación; sus grandes coincidencias. *El protagonista por antonomasia de esa generación visionaria fue Roca. Allí está su mérito histórico.* Esa obra ciclópea, casi increíble, suscitó la admiración de todas las naciones en medida sólo comparable a la que hoy despierta en el mundo el desarrollo del Japón. Digámoslo con nostalgia agradecida: alguna vez, y por muchos años, la Argentina fue ejemplo de progreso en el mundo civilizado. Su mensaje, y el ejemplo que dió, tienen todo el vigor que hoy piden los que reclaman el enunciado de "*ideas-fuerza*", que hoy también bullen en el ánimo de argentinos esclarecidos y patriotas. Pero aquello, no fue sólo obra de Roca; hubiera resultado imposible. Fue la acción mancomunada y patriota de dirigentes unidos en

un pensamiento creador. Y así será ahora también, en esta crisis, cuando alguien o algunos sean capaces de esbozar, con autoridad suficiente, un proyecto cautivante, que una a los dirigentes y contagie al pueblo, en la empresa común.

Un ilustre compatriota, pensador eminente, filósofo cabal, reconocido como uno de los más grandes de nuestra América, honra de nuestro país y de nuestro Ejército, el Mayor D. Francisco Romero —que fue secretario del General Mosconi— dijo en un ensayo esclarecedor: “Hay hombres que viven su vida pensando tan sólo en cuánto harán en cada hora, a lo sumo en cada día, mientras otros se orientan con la vista puesta en los años largos de su porvenir. Así hay naciones que tienen su vista puesta en el futuro y, actúan cada día, cada año, sin agotarse en el interés de corto alcance de los problemas cotidianos”. Así debieran ser, para bien de la Patria, un número suficiente de dirigentes actuales.

Consideramos oportuno decir que, cuando hablamos de esa generación del 80 no lo hacemos con la partida de nacimiento en la mano. Sería un error y una injusticia. Nos referimos a lo impuesto por los hechos, a quienes ejercieron influjo decisivo, o adquirieron gravitación o notoriedad en los acontecimientos a que nos estamos refiriendo. En tal sentido, justo es reconocer como maestros a Mitre, Sarmiento y Avellaneda; pero también lo es integrarlos con Wilde, Cané, Ramos Mejía, Almafuerce, el Perito Moreno, Obligado, Alsina, Vinter, Villegas, Goyena, Hernández, Estrada, Pellegrini, Pirovano, Joaquín V. González, Félix Frías, Luis María Campos, Richieri, el Comodoro Rivadavia y otros destacados ciudadanos. En verdad, estos hombres, gravitantes en el 80, tenían diferencias acentuadas en sus enfoques pero coincidían en lo esencial, empezando por análogo prestigio en su conducta y sólida cultura, que los proyectaban hacia el progreso, y un enfoque liberal que hizo posible ese cambio socio-económico, que los llevó al abrazo sincero y, con igual fe, los reunió en derredor de las grandes causas nacionales. Y todo ello apoyado en un gran conocimiento de la realidad, porque no eran utópicos, y guardaban un gran respeto por las tradiciones. Miraban las cosas con ojos nuevos, siempre hacia adelante, pero sin desprenderse de las lecciones

y las fecundidades del pasado. Así el 8 de julio de 1884 el Poder Ejecutivo Nacional pudo promulgar la ley 1420, en cuyo pro y contra se enfrentó lealmente lo mejor de esa generación, pero es una prueba cierta de su autenticidad sus parciales divergencias, sinceramente asumidas, que no alteraban las coincidencias de fondo.

Desde 1880 hasta 1886 el gobierno nacional desarrolla un vasto plan económico, que no era original. El país lo conocía desde los tiempos rivadavianos. Entonces se había señalado que no se podía despegar mientras no se contara con capital abundante, mano de obra suficiente y la necesaria capacidad técnica. En la adopción de ese plan, la clase gobernante acertó en rescatar esa vieja idea, poniendo de manifiesto la valía de sus estadistas.

Estos hombres superiores, que escribieron páginas estupendas, tuvieron apoyo en su talento y patriotismo, en su cultura, en su probidad, en el aprovechamiento de las lecciones de la tiranía, en el conocimiento de las realidades, en el fervor por la eficiencia creadora, y en la comprensión de que, por encima de matices diferenciales, las clases dirigentes de una gran nación deben tener coincidencias ciertas en la lucha por los grandes objetivos. Cuando existe una causa aglutinante, los pueblos despiertan y resurgen. Uniendo a esto el elegir para los altos cargos a los más capaces, se da lo que caracteriza a los grandes gobiernos.

Los ministros de Roca fueron, entre otros: Joaquín V. González, Pizarro, Magnasco, Alcorta, Luis María Drago, Felipe Yofre, José María Rosas, Emilio Civit, Emilio Frers, los generales Luis María Campos y Richieri, el comodoro Martín Rivadavia.

VI. — EL MENSAJE Y SU SIGNIFICADO ACTUAL

Mis palabras finales están destinadas a interpretar el mensaje histórico de Roca. Lo haremos teniendo en cuenta, principalmente, el largo camino que recorriera.

El 12 de octubre de 1904, cuando Roca termina su segundo mandato, Mitre fue a saludarlo y le dijo: "yo re-

cibí su juramento. Vengo a decirle que lo ha cumplido". Es un fallo histórico.

En el gobierno de los pueblos, el gran balance es lo definitivo. El de Roca fue un conmovedor ciclo de grandeza. Siempre estuvo asistido por una "intuición orientadora". No supo de puritanismos absolutos. Tenía horror a la anarquía, a la que combatió muchas veces. De ahí, sin duda, su escepticismo para la libertad electoral. Esa hora no le perteneció; vino después con Sáenz Peña, como ahora viene la nuestra y nos dice, después de muchas frustraciones: la ignorancia no sabe elegir. Y nos previene con dureza: cuando la ignorancia alcanza a muchos, la libertad misma está en peligro. En las grandes encrucijadas hay que clarificar las mentes, ser esclavos de la verdad y amantes de la justicia. Por ese camino llegan las reparaciones.

En eso radica la esencia de este mensaje histórico. Con la luz que irradia podemos mirar las cosas con ojos nuevos, iluminar tanta contradicción, turbulencia, confusión y desasosiego, que nos acechan desde dentro y desde fuera. Y lo definiremos con palabras actuales, intentando fijar, con el buen sentido de Roca, los deberes de la hora. Esta nos dice, con acento imperativo:

Primero: *Conocer la realidad argentina*. Todos y, en particular, los dirigentes. Nos referimos a una dirección cierta, carente de utopías y flaquezas, de sofismas, espejismos, agorerías deformantes, o populismos masificados.

Dentro de esa realidad se debe calibrar debidamente la orfandad cívica y moral en que vivimos, el deficiente alfabetismo que nos agobia, la falta de responsabilidad y coherencia de muchas clases dirigentes, el abrumador gasto público y la frivolidad en que incurren muchos hombres y mujeres de nuestros sectores económicos privilegiados, indiferentes a los desasosiegos de los más. Allí está el *desierto* que hoy nos oprime, y no contamos para definirlo, con la marcación de los *Fortines*.

Como muy bien lo recuerda el doctor Osvaldo Loudet, nuestro digno y talentoso presidente, en "La Na-

ción” del 10-VI, “La conquista del Desierto Espiritual, la iniciaron Mitre y Sarmiento y la continuaron Avelleda y Roca. Cuando las escuelas se multiplicaron, los habitantes argentinos fueron realmente argentinos. La historia es una sucesión de desiertos que se conquistan para la Libertad, la convivencia y la felicidad humana. Los desiertos no terminan jamás”.

Recordemos, también, lo que dijo un gran diario en su editorial del 18-2-80: “Ahora mismo, el mundo del dinero exhibe en la Argentina una innoble ambición de enriquecimiento súbito”. Y señala, refiriéndose a nuestras desgracias: “en gran medida pudieron evitarse si los mejores elementos de la sociedad hubieran ostentado una noción de sus deberes que desgraciadamente faltó”.

En una palabra, estamos hablando del primer objetivo que debe aglutinar las voluntades argentinas: terminar con la horfandad cívica, reducir decididamente el gasto público, acabar con la inmoralidad de ciertos hábitos —raíz de nuestros males—, y realizar el gigantesco esfuerzo de *educar*, tan descuidado, y única base cierta e indiscutible del bienestar general y del progreso. Todo esto es una sola cosa: fundamentalmente, el educar materializa la obra pública más importante y a la que debemos volcar toda nuestra capacidad docente y el mayor renglón del Presupuesto. Se trata de una tarea larga, sin duda, pero los medios modernos permiten acortarla en sus beneficios cívicos. Me atrevo a aventurar que si la realizamos con fe, energía de ánimo y capacidad habrá buenos resultados, y algunos sorprendentemente rápidos. Hay que enseñar a pensar, a discernir, a defender la libertad, a inculcar ideas sencillas y leales a la República. Hoy se hace en muy pocas partes; hay que empezar cuanto antes.

Segundo: *Terminar con la impunidad*. Si bien es un mal ecuménico, en pocas partes ha rayado tan alto como acá. El ambiente debe ser más transparente. Saber quién es quién. No medir a todos con la misma vara. No *silenciar la historia*. No se trata de otra cosa que de hacer justicia. Sin ella no hay fecundidad posible; las claudicaciones nunca fueron fecundas. El país conoce a los grandes responsables de sus desgracias. Debe saber también que la República no perdona a los que delinquen contra sus

leyes. Nunca más debe verlos y escucharlos enjuiciando, con inmoral descaro, a quienes tratan de reparar las inenarrables depredaciones, de todo orden, a que la sometieron. Eso forma parte de nuestra historia, y todos debemos conocerla. No debe haber generaciones con amnesias históricas, porque hubo generosidades deformantes. Los dirigentes de aquellas horas sombrías deben recibir la sanción moral que la recuperación espiritual de la Nación demanda.

Tercero: *Enaltecer la capacidad y adoptar como regla de oro el llevar a los altos cargos a hombres superiores.* Sólo con ellos se alcanzan objetivos superiores. Roca, sus antecesores y algunos que lo siguieron se acompañaron de grandes ciudadanos; con ello se dignificaron y redoblaron su eficacia. Tuvieron idoneidad y la sembraron por doquier.

No vamos a enunciar ninguna otra enseñanza de las muchas que brindaron esos titanes de la organización nacional. Estamos persuadidos de que observando esta trílogía, y en la sazón de los nuevos tiempos, iremos iluminando el camino a recorrer; lo demás nos será dado por añadidura, como en el *Evangelio*. Alcanzaremos la capacidad para cumplir el "compromiso histórico" que nos acercará con buen éxito al anhelado "gobierno de transición", y con consenso cívico suficiente.